CAPÍTULO L. *De cómo Moquihuix, rey y señor de Tlatelulco, casó con hija de Tezozomoctli de Mexico, hermana de Tizoc, Axayacatl y Ahuitzotl, que fueron reyes mexicanos; y de la guerra de Chalco y otras cosas*

DESPUÉS QUE VINIERON LOS MEXICANOS, aculhuas y tepanecas con victoria cuetlaxtlan, estuvieron algunos días sin guerra y Motecuhzuma Ilhuicamina, rey de Mexico, conociendo el valor de Moquihuix, señor de Tlatelulco, ordenó de casarlo con hija de Tezozomoctli, hermana de Ayaxacatl, que reinó después de él, cuyo casamiento fue ordenado por este dicho rey y por Nezahualcoyotl que lo era de Teztcuco, el cual se celebró con mucha majestad y pompa. Fue llevada a su casa con la solemnidad que pedían tales señores y diéronsele muchas tierras en esta parte de Mexico, en un barrio que se llama Aztacalco, saliendo al bosque de Chapultepec. Y en este tiempo andaban los chalcas muy desasosegados e inquietos y habían levantado la obediencia al rey de Mexico y Tetzcuco, que eran a los que tributaban, y haciendo junta estos señores con el de Tlacupa, mandaron a sus gentes prevenirse de armas para hacerles guerra, y en especial estaban sentidos por haberles muerto en diversas ocasiones a traición y fementidamente muchos señores, así mexicanos como aculhuas; y de los de más cuenta referían, por muy señalados, a Tlacahuepantzin, Tzontemoctzin, Tezozomoctzin, Yhuitltemoctzin, Motlatocazomazin, Cuiyatzin, Chahuacuetzin, Quetzalcohuatzin, Ezocytecale, Xochitlahuan, Ehuaticac y otros muchos soldados valerosos; y el mayor sentimiento que tenían era de que habían muerto entre éstos al señor de Ecatepec, llamado Chimalpilli, de la sangre real de Mexico, y refiriendo éstas y otras cosas, de que se mostraban sentidos y agraviados, hicieron pleito homenaje de no dejar las armas hasta destruirles sus tierras y matarlos. En cumplimiento de esta determinación, previnieron los capitanes y ministros de la guerra toda la gente y cosas necesarias para ella; para cuyo principio hicieron las ceremonias acostumbradas entre ellos y la principal fue poner sus lumbres y hachos en los cerros comarcanos, porque esto significaba querer decir que se hacía la guerra a sangre y fuego y que no había de haber piedad, ni misericordia; y así pusieron fuego en el monte y cerro de Quauhtepec y en el de Apetzyucan, en el de Pixquitepec, en el de Ayauhquemecan, en el de Citzitepetlycpac, en el de Ytztapalocan, en el de Tatlalo, que son las pedreras de Aztacalco. Con esta prevención se comenzó la guerra, la cual fue muy reñida; a la cual concurrieron todos los más valerosos soldados de estas tres familias, por ser estos chalcas valientes y belicosos; y acometiéndose con ánimo soberbio y arrogante, los unos por vencer y los otros por no ser vencidos, sustentaron el peso de la batalla todo un día, sin reconocerse ventaja; porque cada cual defendía la vida con destreza, por no perderla con afrenta y opinión de cobardía; pero como eran más los mexi-

canos y aculhuas que los chalcas, hubieron de vencerlos y ponerlos en huida; los cuales viéndose apretados se comenzaron a derramar por las faldas de las sierras y meterse por el monte adentro a los lugares cavernosos y más seguros que ellos conocían por estar vecinos a ellos, y muchos de ellos, pasando de la otra parte de la Sierra Nevada y volcán, se fueron a la ciudad de Huexotzinco y Atlixco a ampararse y favorecerse de sus moradores. Quedaron vencedores los mexicanos, y entrando en el palacio del señor de Chalco lo saquearon y se apoderaron de él; aquí hallaron a Moxiuhtlacuilzin, hijo del rey de Tetzcuco, a quien este señor había muerto, el cual, embalsamado y seco le servía de candelero a este señor Toteozin en sus bailes y borracheras, habiéndole habido a las manos por traición y cautela (como arriba dijimos), y conociéndole los tetzcucanos, se lo llevaron a su ciudad y lo enterraron con las ceremonias acostumbradas a los reyes y señores.

Hecho el saco de la ciudad y vengados los mexicanos de los agravios que estos chalcas los habían hecho, y viendo que ya de esta vez quedaban muy arruinados y sin fuerzas para poder levantar cabeza tan presto, mandó el rey Motecuhzuma Ilhuicamina y el de Tetzcuco, Nezahualcoyotl y con ellos el de Tlacupa, Totoquihuatzin que se pregonase y echase bando que todos los que quisiesen volverse a la ciudad viniesen sin miedo ni recelo de algún daño, en especial prometían todo favor y amparo a las mujeres y a los niños y viejos; y para que esto tuviese mejor cumplimiento mandaron estos reyes que gente de su ejército entrase por los montes y juntase los huidos y asegurase a todos los que hallasen descarriados; hízose así y vino mucha de la gente huida, los cuales fueron repartidos en el pueblo que ahora se llama Tlalmanalco, en el de Amaquemecan, Tenanco, Chimalhuacan, Tecuanipan y Mamalhuazocan; aunque no todos volvieron a sus antiguas moraduras, antes muchos desesperadamente viéndose vencidos y destruidos, se quedaron en las montañas y sierras y allí se dejaron morir de hambre, y otros pasaron a las partes dichas de esotra banda del volcán. En esta disposición quedaron este año los chalcas; pero luego el siguiente, viéndose destruidos y desflaquecidos en fuerzas, vinieron a darse a Motecuhzuma, ofreciendo tributo voluntariamente, dando las cosas que pudieron haber, así de oro y plata, plumas ricas y adargas y le entregaron las tierras para que las repartiese (porque así se lo había mandado). Aquí se amojonaron todas las tierras de Chalco y se repartieron entre mexicanos, tetzcucanos y tepanecas, tomando los reyes para sí las que mejor les parecieron y dando a los capitanes y hombres nobles muchas; y finalmente no hubo hombre de cuenta de estas tres familias que no entrasen a la parte en ellas, y hasta el día de hoy hay muchos en esto de Mexico y Tlatelulco que labran tierras en aquella provincia, que según lo dicho las debieron de heredar de sus padres, habiéndolas habido ellos en esta guerra y repartición.

El año siguiente se amojonaron los tenochcas y tlatelulcas, haciendo una muy grande y muy ancha zanja que dividió los unos de los otros, y metieron el agua en la plaza y mercado de esta dicha parte de Tlatelulco, concurriendo a su obra todos juntamente por ser el mercado común a unos y

a otros; y en esta misma sazón se substrayeron de la obediencia de Mexico los de la provincia de Tepeaca, que eran ya tributarios de los mexicanos; pero el rey Motecuhzuma Ilhuicamina, que era valiente y animoso, hizo ejército, y con los reyes de Tetzcuco y Tlacupa fue contra ellos y los venció y volvió a reducir al imperio mexicano. Murieron muchos en la guerra de los de Tepeaca y trajeron cautivos a Mexico más de setecientos soldados aunque de estos mexicanos, tetzcucanos y tepanecas quedaron muertos doscientos y cuatro en la batalla que con ellos tuvieron, y quedaron por ahora vencidos y desbaratados estos tepeacas; y luego vinieron a Motecuhzuma con nuevos presentes para aplacar su enojo, causado de aquel alzamiento, y le trajeron una corona muy rica, de las que los reyes usaban, muchas cuentas y plumas, y mucho maíz y otras cosas de reconocimiento; y desde entonces les fue señalado el tributo con que habían de reconocer a los reyes mexicanos y quedaron hechos sus tributarios.

Este mismo año hicieron guerra estos tres reyes a los de las provincias de Cuextlan, Tlahuitolan, Coxolitlan, Tamazolan, Acatla, Piaztlan, Tetlcoyocan y Xilotepec, gente fuerte y animosa y los vencieron y hicieron tributarios del imperio. En esta misma sazón se rebelaron los de Tozoco, y fueron sobre ellos y los sujetaron a su obediencia; con que Motecuhzuma Ilhuicamina se fue haciendo rey poderoso y de muchas rentas, por haber juntado a su ciudad de Mexico y a las provincias que su antecesor Itzcohuatl había ganado, todas estas provincias dichas con que engrandeció su nombre.

CAPÍTULO LI. *Que prosigue el gobierno y reinado de Nezahualcoyotl, rey de Tetzcuco, y cosas particulares que se le atribuían*

L REY NEZAHUALCOYOTL DE TETZCUCO, aunque andaba ocupado en las guerras dichas en compañía de los de Mexico y Tlacupa, no olvidaba el gobierno del suyo; antes con mucho cuidado y solicitud velaba no sólo en las cosas de su acrecentamiento sino, también, en las que pertenecían al aprovechamiento de sus vasallos, para su mayor conservación y policía; y aunque su abuelo Techotlala le tenía muy concertado y bien regido, como había pasado el tiempo de la guerra que hizo el tirano Tezozomoctli a su padre Ixtlilxuchitl, con cuya muerte las cosas del gobierno se trocaron, y como muchas de ellas ya no se guardasen, tuvo necesidad este prudente rey de volverlas a su primer estado y policía, porque un reino y tan grande como el de Tetzcuco, no pudiera conservarse sin particular y muy vigilante providencia; y así trató de esto Nezahualcoyotl con grande puntualidad. Ordenó los consejos que se conservaron hasta la entrada de nuestros españoles, con todos los oficiales necesarios para cada uno (como antes los había puesto el emperador Tlaltecatzin, su bisabuelo). Fue severo